

## Eventos históricos de la relación México-Japón<sup>1</sup>

*Sergio González Gálvez*

Este evento celebra un aniversario más de las relaciones formales entre México y Japón, si bien sabemos que los contactos originales se remontan a la época en que los navíos españoles con tripulaciones mexicanas viajaban a Japón y a China. Aun hoy día se conmemora, en una fiesta anual en Onjuku y Otaki en la prefectura de Chiba, cerca de Tokio, el naufragio de un barco cuya tripulación fue salvada por los habitantes de esos lugares. En la ceremonia, los invitados de honor siempre son el embajador de México y todo su personal y hasta un paseo en *mikoshi*<sup>2</sup> recibe el representante mexicano en turno.

Por otro lado, México, aún parte de la Nueva España, recibió en 1613 a un emisario del señor feudal Date Masamune, originario de lo que hoy es la prefectura de Miyagi de nombre Hasekura Tsunenaga, en su camino a Roma, a quien los historiadores marcan como el primer enviado japonés al continente americano. Su llegada a Acapulco fue en octubre de ese año y

---

<sup>1</sup> Esta intervención tuvo lugar en el simposio “Ciento veinte años de amistad entre México y Japón” que, para conmemorar los 120 años de la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre México y Japón, se celebró en la Secretaría de Relaciones Exteriores, el 3 de diciembre de 2008.

<sup>2</sup> Mikoshi: Templo Shinto portátil que se lleva en fiestas en un palanquín y en el que en ocasiones se pasea por las calles a alguna personalidad.

es posible apreciar su presencia en México y en pinturas que se exhiben en Cuernavaca.

El único recuerdo de la llegada de Hasekura a Acapulco, al frente de un grupo de 180 japoneses, es una estatua que estuvo abandonada en un depósito por mucho tiempo y que ahora se encuentra en un lugar muy inadecuado frente a un restaurante japonés, por lo que creo que debería realizarse una gestión con la alcaldía del puerto para cambiar la estatua a un lugar más conveniente.

El vínculo entre México y Japón, que cumple 120 años, ha sido marcado por importantes eventos históricos —algunos de ellos en reacciones a tragedias que han afectado a nuestros pueblos— que demuestran el interés de ambos gobiernos en diferentes épocas de la historia por fortalecer las relaciones formales e informales, con base en el convencimiento de que el vínculo es de mutuo interés.

Lo anterior tiene un significado especial, pues en México al igual que en Japón estamos convencidos de la aplicabilidad del principio que señala que los pueblos deben siempre actuar con conciencia histórica, tanto en su actividad interna como internacional, y que es fundamental procurar por todos los medios el conocimiento mutuo entre los pueblos.

Las fuentes que utilicé para estas reflexiones que ahora comparto con este distinguido auditorio son, en primer lugar, mi experiencia de ocho años como embajador en Japón en dos periodos diferentes; la evaluación que hace unos años hicimos de las relaciones en la llamada Nueva Comisión México-Japón Siglo XXI, que tuve el honor de copresidir con el muy distinguido embajador Nobuo Matsunaga, ex viceministro y ex embajador en México y, después, en Estados Unidos, y una excelente obra publicada por El Colegio de la Frontera Norte bajo la coordinación de Atsuko Tanabe, intitulada *Huellas japonesas en la cultura mexicana*, que se publicó en México en 1997.

Recordemos en primer lugar que el comodoro Perry llegó con su flota de navíos a Japón para forzar a este país a firmar, en condiciones desventajosas, diversos tratados de comercio con Estados Unidos de América y con varios países europeos, lo que creó una situación difícil para el gobierno del emperador Meiji.

En ese contexto, México decidió negociar y firmar con Japón un Tratado de Amistad y Comercio en el que ambos países eran considerados iguales. El mismo se suscribió en Washington, D. C. —lugar donde se negoció— el 30 de noviembre de 1858 y fue rubricado por los ministros plenipotenciarios Matías Romero y Munemitsu Mutsu. Como un signo de gratitud, por la firma del acuerdo, que le permitió utilizarlo como ejemplo para eliminar los tratados inequitativos, el gobierno del emperador Meiji ofreció al gobierno mexicano un terreno de más de cinco mil metros cuadrados en Nagata-cho —una de las mejores zonas de Tokio—, otorgado en comodato por tiempo indefinido y que afortunadamente el gobierno mexicano acaba de adquirir gracias a una generosa oferta del gobierno japonés. Tenemos sin duda uno de los mejores espacios concedidos a embajadas extranjeras en Tokio.

Un motivo más para que México firmara un tratado de amistad y comercio con Japón fue la demanda japonesa para que nos abriéramos a la migración de ese país. El vizconde Enomoto, ministro de Relaciones Exteriores en la época, pensaba que una manera de resolver el problema de sobrepoblación, que desde entonces padecía Japón por la escasez de tierra laborable, era promoviendo la emigración hacia ultramar. Para tal efecto, en 1893, luego de retirarse del cargo de ministro, el señor Enomoto fundó la Asociación Migratoria Enomoto y una de las primeras acciones que tomó fue la de enviar un equipo de investigación a Chiapas para sopesar si se podía establecer allí, en el Soconusco, una colonia de inmigrantes japoneses.

Finalmente, el 10 de mayo de 1897 un grupo de japoneses llegó al puerto de San Benito, en lo que constituyó la primera migración japonesa a América Latina. La mayoría de los emigrantes eran jóvenes; sin embargo, ese esfuerzo fracasó en gran medida. Con todo, debe destacarse que entre los japoneses que formaban parte de aquella primera fase de migración hubo personas que dejaron en México una honda huella cultural y otros que se reorganizaron creando una compañía llamada Cooperativa Laboral México-Japón, que tuvo gran éxito y se extendió a muchos lugares de nuestro país, con lo cual queda demostrado el carácter laborioso y disciplinado del trabajador japonés.

En 1910 se inició el movimiento revolucionario mexicano bajo el liderazgo, entre otros, de Francisco I. Madero y, por azares del destino, un ciudadano japonés de nombre Kingo Nonaka, quien había aprendido enfermería en un hospital y adquirió la licencia para trabajar de enfermero, se encontró un día, en la hacienda donde vivía, con Francisco I. Madero, quien estaba herido después de participar en una batalla cercana a ese lugar y a quien curó de una lesión en el brazo. A partir de ahí Nonaka se convirtió en médico militar del ejército revolucionario y en cierta forma abrió la relación con el personal de la Legación japonesa en México.

Un episodio no muy conocido de los vínculos entre Japón y México es la defensa que hizo el encargado de negocios de la Legación japonesa en México de la familia de Francisco I. Madero, a los que salvó de ser asesinados, como ocurrió con Madero. La valentía del encargado de negocios japonés, de nombre Kumai-chi Horiguchi, llegó al grado de poner la bandera japonesa en la puerta para frenar la intromisión de las fuerzas del usurpador Huerta; de este modo, más de treinta personas, entre ellas la esposa del presidente Madero, sus padres y sus hermanas junto con sus hijos, en compañía de todos sus sirvientes, salvaron la vida por la intervención del citado diplomático japonés. Testigos

de ese episodio fueron dos poetas, el mexicano José Juan Tablada y el japonés Daigaku Horiguchi, hijo del encargado de negocios japonés, quienes lo reflejaron en sus trabajos literarios.

La historia de los japoneses que participaron en la Revolución mexicana es sumamente amplia, pero quizás el episodio que acabo de relatar es el más significativo. No puedo, sin embargo, dejar de mencionar a Asajiro Tanaka, quien participó en el ejército de Carranza; a Saichiro Nishiyama, quien se incorporó al ejército de Villa, o a Shunji Yoshida y Sanshiro Matsumoto, quienes fundaron una granja en Temixco, Morelos, donde los japoneses fueron concentrados durante la Guerra del Pacífico.

En lo que los autores llaman la revolución cultural en México, que se inició en 1911 en la Escuela Nacional de Arte de San Carlos, donde estudió nada menos que David Alfaro Siqueiros, participó también el famoso pintor japonés Tamiji Kitagawa, a quien por cierto me tocó conocer, siendo yo embajador en Japón, y entregarle a nombre de nuestro gobierno la Condecoración de la Orden del Águila Azteca. Y así podemos mencionar a otros artistas como Tsuguharu Fujita y Noguchi, que tuvieron impacto en la cultura mexicana y a los cuales podemos agregar el nombre del famoso dramaturgo Seki Sano, hombre conocido por sus ideas socialistas, que en nuestro país fue maestro de muchos de los artistas más famosos, gracias a que el presidente Cárdenas le permitió exiliarse aquí. Entre los artistas que aprendieron de él están, entre otros, Dolores del Río y María Félix.

Otro episodio que aún se recuerda en Japón es la ayuda que México dio en oro después del trágico temblor de Kanto, que destruyó gran parte de Tokio y Yokohama en 1923. La ayuda mexicana fue de tal importancia que superó las de otros países y, en las investigaciones que hemos podido hacer a través de los años, ha quedado claro que la importancia de esa ayuda se hizo

recordando el episodio de la Decena Trágica y la intervención del ministro de la Legación de Japón en México.

Lo anterior significó también que cuando sufrimos el temblor de 1985 —y el que les habla era embajador en Japón—, fuimos testigos de la impresionante ayuda japonesa para la reconstrucción de México, que se inició horas después de que se supo de los efectos del temblor y que yo pude constatar desde el día siguiente del trágico evento, cuando encontré frente a mi embajada a cientos de personas haciendo cola para entregar un donativo, algunos de los cuales abiertamente señalaban que lo hacían porque recordaban la generosa ayuda de México en el temblor de Kanto.

En agosto de 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial. Como se sabe, durante dicho conflicto se rompieron las relaciones diplomáticas entre México y Japón. A pesar de esto, México, que había declarado la guerra a Japón en 1942, fue el primer país en hacer un llamado, en 1948, a la Asamblea General de las Naciones Unidas para que se firmara un tratado de paz con Japón, lo que se realizó en 1952 con el apoyo de 48 naciones. Por cierto, cuando se reanudaron las relaciones en 1952, se nombró encargado de negocios *ad interim*, al premio Nobel, Octavio Paz, cuyo interés y conocimiento en la cultura japonesa quedaron registrados en muchas de sus obras.

Paz es sin duda el escritor latinoamericano más traducido al japonés —al menos en los años ochenta—, como lo pude comprobar en una visita del escritor y poeta a Tokio en 1984, en una plática que ofreció en el auditorio de la Universidad de Sofía. Con un lleno a reventar, los asistentes que viajaron desde distintos lugares de Japón para escucharlo, demostraron con sus preguntas el profundo conocimiento de su obra literaria. El Nobel laureado señala en el preámbulo del libro *Sendas de Oku* de Matsuo Basho lo siguiente, a propósito de su sentir sobre la cultura japonesa:

El número de traducciones de *Oku no Hosomichi* es un ejemplo más de la afición de los occidentales por el Oriente. En la historia de las pasiones de Occidente por las otras civilizaciones, hay dos momentos de fascinación ante el Japón, si olvidamos el “engouement” de los jesuitas en el siglo xvii y el de los filósofos en el xviii: uno se inicia en Francia hacia fines del siglo pasado y, después de fecundar a varios pintores extraordinarios, culmina con el “imagism” de los poetas angloamericanos; otro comienza en los Estados Unidos unos años después de la segunda guerra mundial y aún no termina. El primer período fue ante todo estético; el encuentro entre la sensibilidad occidental y el arte japonés produjo varias obras notables, lo mismo en la esfera de la pintura —el ejemplo mayor es el impresionismo— que en la del lenguaje: Pound, Yeats, Claudel, Eluard. En el segundo período la tonalidad ha sido menos estética y más espiritual o moral; quiero decir: no sólo nos apasionan las formas artísticas japonesas sino las corrientes religiosas, filosóficas o intelectuales de que son expresión, en especial el budismo. La estética japonesa —mejor dicho: el abanico de visiones y estilos que nos ofrece esa tradición artística y poética— no ha cesado de intrigarnos y seducirnos pero nuestra perspectiva es distinta a la de las generaciones anteriores. Aunque todas las artes, de la poesía a la música y de la pintura a la arquitectura, se han beneficiado con esta nueva manera de acercarse a la cultura japonesa, creo que lo que todos buscamos en ellas es otro estilo de vida, otra visión del mundo y, también, del trasmundo.

La diversidad y aún oposición entre el punto de vista contemporáneo y el del primer cuarto de siglo no impide que un puente una a estos dos momentos: ni antes ni ahora el Japón ha sido para nosotros una escuela de doctrinas, sistemas o filosofías sino una sensibilidad.

Durante la Segunda Guerra Mundial hubo otro episodio inolvidable para los japoneses que vivían en México. En Monterrey

se celebró una reunión entre los presidentes Manuel Ávila Camacho y Franklin Delano Roosevelt, poco después de iniciada la guerra. En esa reunión Roosevelt pidió al presidente mexicano entregar a los más prominentes miembros de la comunidad japonesa para enviarlos a campos de concentración en los Estados Unidos de América, sin embargo, el presidente de México se negó rotundamente a ello, argumentando que su pedido era una intervención en los asuntos internos del país. Mientras los japoneses residentes en los países centroamericanos fueron arrestados para ser llevados a Estados Unidos, México no entregó a un solo japonés. Se dice que detrás de esa decisión de Ávila Camacho hubo decididas recomendaciones de los ex presidentes Pascual Ortiz Rubio y Lázaro Cárdenas, aunque creo que este último debió ser determinante.

Así, distinguido auditorio, podemos pasar horas relatando episodios que nos unen, y quizás algunos de ustedes se preguntarán qué debemos hacer ahora para fortalecer aún más esa relación histórica. La respuesta, en mi opinión, es clara: continuar aplicando las recomendaciones de la nueva Comisión México-Japón Siglo XXI, aún vigente en donde se habla de cooperación política, económica, cultural, financiera, promoción de turismo, inversión.

Algunas de estas medidas afortunadamente ya se han llevado a la práctica como, por ejemplo, el incremento de visitas mutuas de funcionarios de alto nivel, que incluyen miembros del gabinete de los dos gobiernos, a fin de sostener diálogos de manera permanente; la institucionalización de diálogos de alto nivel sobre temas de política exterior para coordinar posiciones, lo cual ha adquirido especial relevancia ahora que ambos países ingresan como miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; la firma del Tratado para el Fortalecimiento de la Asociación Económica México-Japón, que ya está en vigor, cuyos efectos ya se reflejan en el intercambio

comercial y en las inversiones, y un mayor intercambio cultural que se concreta con los importantes eventos que tendrán lugar en el verano de este año, tanto en México como en Japón, para celebrar el 400 Aniversario de las relaciones entre nuestros países.